

José Fernández Bremón



**Un Muerto con
Anteojos**

textos.info
biblioteca digital abierta

Un Muerto con Anteojos

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8274

Título: Un Muerto con Anteojos

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 11 de julio de 2024

Fecha de modificación: 11 de julio de 2024

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Muerto con Anteojos

—¿En qué distingue usted a los cuerdos de los locos? —preguntaba una vez a un alienista.

Y el profesor me contestó sonriendo:

—En que unos hacen locuras y otros no.

El vulgo es quien declara locos a los que no puede aguantar: el médico confirma su fallo y los encierra. Pero hay locos benignos para quienes jamás se llama al médico: pasan por personas extravagantes y graciosas, a quienes se utiliza en lo que tienen de sensatos, y cuyas rarezas nos distraen y divierten. El mundo sería muy monótono si sólo tolerase a las gentes juiciosas y formales; pero tiene sus peligros la confusión de los cuerdos y los locos; hay hombre a quien le toca una mujer que parece elegida en el Nuncio de Toledo.

* * *

Hace pocos días ha fallecido en Madrid uno de esos locos tolerados o cuerdos con manías: serio, formal, entendidísimo, al dirigir la contabilidad de una casa de comercio, parecía su imaginación como dislocada algunas veces en lo referente a su persona. ¿Era que se deleitaba en producir la hilaridad en sus amigos, como goza Mariano Fernández cuando al aparecer en las tablas el público se ríe?

Recibí la esquela fúnebre del señor don Ibo R. y vestido de negro me encaminé a la casa mortuoria, por cuya reja, baja y abierta, trepaban con curiosidad niños, hombres y aun mujeres que daban muestras de extraordinario regocijo.

—¡Vaya una ocurrencia! —decían unos—: no he visto cosa igual.

—¡Se han olvidado de quitárselos! —añadían otros.

—Un muerto con anteojos. ¡Ja, ja, ja!

Cuando entré en la casa, no pude menos de sonreír involuntariamente ante el difunto, sobre cuyos ojos cerrados relucían las inútiles gafas; luego dije gravemente a Tomás, el criado, el compañero, el testamentario de don Ibo:

—Esto es un sarcasmo. ¿Cómo ha tenido usted el valor de colocar esos anteojos?

—Ha muerto con ellos —contestó Tomás con respeto—; pero se los hubiera puesto de todos modos para cumplir su postrera voluntad. Las órdenes de los moribundos son sagradas.

—Ésa es una locura...

—Y si sólo hubiera obedecido las órdenes juiciosas de mi amo, ¿hubiera vivido en su compañía tanto tiempo? Yo tengo la religión de la obediencia.

—¿Te ha dejado algo?

—Sí, señor; como no sé leer, me ha dejado su librería y sus papeles. Sus cuadros se los ha dejado a un ciego. Todo lo demás a su nieto...

—¿Nieto? No sabía que tuviera hijos.

—Nunca los ha tenido.

—Entonces, ¿cómo se puede ser abuelo sin haber sido padre?

—Un día me dijo don Ibo: «Tomás, saca en mi nombre un niño de la Inclusa». «Va usted a adoptarlo por hijo?». «No estoy en edad de tener hijos ya: lo adoptaré por nieto; quiero ser abuelo, porque dicen que se quiere más a los nietos que a los hijos».

—Tu amo estaba loco.

—¡Ah!, no señor; más de una vez me lo decía: los que no son locos por fuera lo suelen ser por dentro; y al que no sabe o se determina a hacer locuras, le gusta encontrar quien se las haga. Y las hacía por bondad.

—Recuerda que don Ibo tenía en su sombrero pararrayos...

—Era su único lujo.

—Pero es un lujo que no se permite el monasterio del Escorial. Pues ¿y su convite de boda? Todos estábamos reunidos: el almuerzo en la mesa, y la novia no se presentaba. «Comamos —dijo por fin—, y no esperen a nadie: es la boda más alegre que han presenciado ustedes: boda sin suegra, sin mujer y sin marido, porque me caso mentalmente». Sacaron de comer perdices vivas. «Caballeros —nos dijo—, este plato se presenta así, porque es muy raro, y si las hubiéramos guisado, no sabrían ustedes que son perdices blancas». «¿Habrán liebres también?», preguntó un cazador. «¿Por qué lo decía usted?». «Para ir a casa por mis galgos, por si nos las sirve usted a la carrera».

—Era mi amo muy bromista.

—Las bromas tienen límites.

—Mi amo me decía que un escritor francés había ido una noche al teatro de la ópera con casco de bombero.

—Alfonso Karr necesitaba hacerse célebre.

—Y don Ibo también...

—Acaso tengas razón, y cada cual trata de sobresalir a su manera: muchos locos de los manicomios son, tal vez, celebridades desgraciadas. ¿Por qué tenía don Ibo en aquel cuarto tantas fotografías de mujer?

—Son amigas de su juventud. Me dijo un día que cuando era muchacho coleccionaba señoritas.

—Los convidados van a llegar: quítale las gafas.

—No puede ser: me hizo jurar que le enterrarían de ese modo.

—¿Y cómo explicaba su manía?

—Quería sostener hasta la tumba su tipo y su carácter. «Además —añadía—, se dan casos de personas a quienes entierran vivas: y si yo volviera en mí, no quisiera encontrarme sin las gafas. Por otra parte, deseo que haya cierta jovialidad en el acto de mi entierro: quiero que mi duelo se despida a carcajadas».

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a su patria; ya en ella fue colaborador de *El Globo*, *El Bazar* (1874-1875),

Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.

